

nado; pero a este procedimiento se oponía la Ley de Exclusión de 1834, que privaba a estos Príncipes de su carácter de Infantes. Llevar la cuestión a los Tribunales ordinarios era denigrante para la familia Real y expuesto a descubrir toda la trama de la conspiración. Al fin se acordó sobreeser todas las causas y dar una amnistía general por todos los delitos políticos cometidos desde 19 de Octubre de 1856. «En manos del Gobierno—decía un periódico ministerial—ha estado perder a millares de personas, pero ha preferido romper las listas donde constaban sus nombres y dejar que muchos continúen demostrando a la Reina una adhesión mentida».

Esto, en cuanto a la suerte de los Príncipes.

Elío y Cavero, fueron condenados a muerte. Dícese que mediaron influencias de la Emperatriz Eugenia, próxima pariente de Cavero, y del Conde de Guendulain, ex ministro de la Reina y cuñado de Elío. El caso fué que se concedió el indulto y ambos jefes militares fueron puestos en libertad y se trasladaron al extranjero.

Elío y Cavero, libres ya, en el destierro, escribieron a Isabel II agradeciéndole su generosidad y empeñando su palabra de honor de no hacer jamás armas contra ella.

Pasaron los años. Fué destronada Isabel. Reinando Don Amadeo, el joven Carlos VII, alzó en 1872 sus banderas en Navarra, pronto secundadas en Cataluña, en Aragón y otras Regiones.

Elío y Cavero estaban, naturalmente, libres de la palabra empeñada. No luchaban contra Isabel II. Ambos desempeñaron en la cruzada carlista y al frente de los voluntarios los más destacados puestos.

Mas a fines de 1874, cuando la guerra se hallaba en su momento de mayor auge, un acontecimiento trascendental vino a suscitar escrúpulos en el ánimo de aquellos dos Generales. Nos referimos a la proclamación en Sagunto de Alfonso XII como Rey de España. La palabra empeñada a la madre ¿comprometería respecto a la causa del hijo?

Elío y Cavero, que en cuanto a caballeridad eran unos verdaderos Templarios, transmitieron el escrúpulo a su Rey. No lo desechó Carlos VII como cosa intrascendente. Escribió a su primo Alfonso XII, ya en Madrid: «Mis leales Generales Elío y Cavero me plantean sus dudas acerca de si les comprometerá contigo la palabra que a tu madre empeñaron en 1860. Estimo que en tan delicado asunto a tí te toca decidir». Alfonso XII no tardó en contestar: «Dí a esos dos grandes caballeros que entiendo que ningún compromiso de honor tienen conmigo que les impida prestar otras juradas lealtades y seguir los dictados de su conciencia».

Así hacían la guerra, recientemente aún los caballeros españoles.

EL CONDE DE RODEZNO

De la R. Academia de la Historia

## SERENIDAD

EN la urbe, con el advenimiento de la vida multitudinaria de la urbe, el espacio, las distancias se alargan y desmesuran, mientras el tiempo se encoge. Al hombre de la gran ciudad, le sobra espacio para sus afanes y le falta tiempo. De la feliz ecuación entre el tiempo y el espacio que han de determinar como coordinadas cartesianas nuestra vida, surge la serenidad, el vivir armónico y tranquilo, la ataraxia helénica. Pero esa feliz ecuación no se produce en el hombre de la urbe y ella origina la prisa, la neurosis, la descompensación o desnivel entre sus anhelos y sus potencias para darles satisfacción y logro. El hombre tiene un instrumento para medir el espacio, su intelecto, que todo lo concibe y define geoméricamente; mensura viene de «mens». La razón es un animal de costumbres geométricas, que opera en todo con cartabón y tiralíneas, o con telémetro y teodolito como un geodesta. Para medir el tiempo, el hombre tiene marcador y calendario en la péndola del corazón. Somos tiempo, porque el vivir del hombre es ir devanando la cuerda relojera que trae desde la eternidad, arrollándola al huso del corazón. Traemos cuerda para un número de latidos, de modo que si esos latidos los aceleramos, los contamos antes de tiempo, la vida se nos abrevia. La enfermedad del hombre de las grandes urbes es la enfermedad del corazón. En Nueva York mueren cardíacos el 10 por 100 de los que mueren. Ningún animal tiene más fino el corazón que el hombre, porque ningún animal tiene el corazón para algo más que para mandar la sangre a todos los territorios de la geografía corporal, en tanto que el corazón humano es una bomba o un motor que consume tiempo y elabora espíritu.

Y en las grandes urbes el ritmo cordial se precipita porque la prisa, la urgencia, mueven, como en vendaval, las hojas del corazón. El ritmo de la marcha se acelera, los negocios, pensamientos y actividades se nos agolpan, se nos suben en tropel y nos angustian. Ni paseo, ni meditación, ni ritmo de andadura sosegada. La nerviosidad del cine es nuestro símbolo. Allí se ve que las calles colmadas, los cauces vasculares de las avenidas a máxima presión, los vehículos enloquecidos por la prisa, dan la conciencia de nuestro tiempo. En nuestra realidad cotidiana hemos de vivir apresurados, zarandeados, presionados por la prisa. En la calle no podemos ir despacio porque la muchedumbre nos presiona, nos anega y arrastra. Y aunque quisiéramos estacionarnos, ajustar nuestro paso y nuestras ideas a un ritmo de paseo y de meditación, las gentes azoradas que nos cruzan, nos cercan, nos empujan, sería estímulo bastante para excitar nuestros nervios y meter el acelerador a nuestro corazón, a nuestras ideas, a nuestras emociones y a nuestros pasos. Y vamos de acá para allá, como boyas, sacudidos en el oleaje inmi-

sericorde de la muchedumbre que no quiere que haya en nosotros un punto de serenidad interior.

Venid al campo, pero no al campo lleno de quintas, de radios, de bares y de trenes eléctricos, sino al campo silencioso, solo y lento, donde las tardes giran armoniosas como muchachas sonrosadas que sonríen y, al trasponer, nos despiden desmayadas como flores, en un leve temblor de labios que se entreabren. Todo crepúsculo sereno en el campo, tiene una dulce curvación de hombro. Caminitos rubios juegan con las cinturas y las faldas de los cerros, como en los parques los niños juegan con las ayas. Y cuando el sol ha traspuesto, vuelven rumorosos, como ríos de la tarde, los caminos cargados de silencio. Ahora, en este momento, se me está haciendo íntimo este montecillo bajo un cielo lento de gloriosas ruinas. Todo es lento y todo da como un anticipo de lo eterno: el tiempo, las nubes, los caminos, el silencio, aquel labriego que trabaja y anda. Todo el universo se nos redonda en sosiego y nuestro corazón, nuestras ideas, se nos duermen en ritmos benignos, allá dentro del ser, como una música interior. Mientras la urbe nos despersonaliza, el campo, la serenidad del campo nos ahonda y enriquece. Una dulce onda cálida de soledad nos sube pecho arriba y nos hace sentirnos transido de una serenidad que nos recobra del tiempo perdido y de la agitación estéril y azorada. Suenan las ideas en un rítmico batir sobre la frente y el dulcísimo oleaje nos da un remoto mecer de cuna del pensamiento. En la soledad y en el silencio, el hombre se siente mejor. Es el roce, la inducción eléctrica, la crispatura de la multitud lo que nos obliga a conducirnos sin bondad ni caridad para los demás.

Si el hombre volviera al campo, a la paz, a la serenidad de estas tardes claras, sonoras, como copas, en que las palabras se posan en las frentes de las nubes o en las laderas de los montecillos, como si fueran mejillas que se encienden en el rubor de los silencios... Si el hombre volviera a fruir esta dulcísima serenidad de las tardes pensativas, sumido en sí mismo, hilandero de sus soledades y tejedor de sus ideas, el mundo europeo aún podría salvarse antes de este tristísimo anochecer de Europa.

Volved al campo y seréis gozosos como niños, al mismo tiempo que os hacéis multimillonarios de la serenidad que tanto necesitamos. Oid música de pinos y discursos de propagandas de gorriónes y alondras. No olvidéis que el mejor aparato para proyectar paisajes es el sol ponentino sobre pantalla de nubes.

PEDRO CABA



DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

## CRIMEN Y POESÍA

(1902)

BAJO signos tan dispares, de duro y terrible contraste, vivió Cáceres gran parte del año 1902: el eco de la pincelada sombría del crimen de Don Benito y la visita de Gabriel y Galán.

Antes de ocurrir los dos hechos citados, en la primera mitad del año, hubo alguna novedad de importancia: Cáceres estableció a más de la de Mayo, una Feria de ganado caballar, en los días 24 y 25 de Marzo, celebrada con éxito y desaparecido muy pronto.

La mayoría de edad y jura del Rey don Alfonso XIII dió motivo a la celebración de una fiesta, no demasiado brillante. El Ayuntamiento lució bandera, colgaduras e iluminaciones, tocando en su atrio la banda del Municipio hasta la hora de empezar la función organizada en el teatro «Principal». Descubrióse aquí un retrato del joven monarca, a los acordes de la Marcha Real, mientras todo el público aplaudía y vitoreaba con entusiasmo, salvo un disidente espectador que lanzó un viva subversivo y fué llevado al calabozo.

Fuera de este detalle, y de los aludidos perfiles dispares, el 1902 fué un año gris, en todas las acepciones de la palabra: lluvioso, con un fuerte huracán—desencadenado el 9 de Octubre, a las cuatro de la tarde, que hizo retremblar la ciudad, arrancando árboles y kioscos—, sin hechos destacados, de vida apagada... Hasta el baile que se dió en el Círculo de la Concordia, el 24 de Enero, parecía querer ponerse, simbólicamente, a tono con el ambiente incoloro, pues fué una fiesta a la que asistieron todas las muchachas vestidas de blanco y negro, algo así como de medio luto.

Fueron dos notas poco gratas y una altamente evocadora el intento de supresión de los obispados de Coria y Plasencia, la muerte del Ateneo de Cáceres y el traslado de los restos del poeta extremeño Espronceda al panteón de Hombres Ilustres.

Desde los días estivales flotó sobre la ciudad la estela trágica del crimen cometido en Don Benito. Todos los comentarios, en Extremadura y fuera de ella, giraron en torno a este suceso tan indigno, tan repugnante, tan execrable. Un señorito—clásico «señorito», no señor—prendado de una honesta joven, que vivía sola con su madre, no habiendo podido por otros medios vencer su virtud, con la complicidad de un amigo y del sereno, entró en el domicilio de las dos mujeres, en la noche del 26 de Junio, asesinando a ambas, en un acto de incalificable crueldad, desesperado por no poder saciar sus torpes apetitos. El «señorito» y su amigo, fueron ahorcados; el sereno fué a un penal a cumplir cadena perpetua.

Este hecho—que por lo ingrato no merece descender a detalles—causó sensación en Cáceres, comentándose ampliamente. Había romances, narrándolo a lo vivo. Charlatanes, con carteles pintados, en los que se representaban cuadros de la tragedia, referían a voces